

Esta elección de Villa^{ma}a no era desinteresada. Gran entusiasta de la *Fusión*, socio del Centro progresista, Villaça Junior aspiraba á ser concejal, y en días de gran contento imaginaba que sus aptitudes bien merecían que su partido le otorgara un sillón en San Benito. Un consultorio gratuito en Rocío, el consultorio del doctor Maia, "de su Maia", se le antojaba vagamente como un elemento de influencia. Y tanta prisa se dió, que al cabo de dos días había alquilado un primer piso.

Carlos lo amuebló con lujo. En la antecámara, adornada con banquetas de cuero, debía haber un criado de librea. La sala de espera de los enfermos aparecía muy alegre con su papel verde con ramajes plateados, sus jarrones de Ruán, cuadros de vivos colores y ricas poltronas rodeando la mesita de centro cubierta de colecciones del *Charivari*, de vistas estereoscópicas, álbums de actrices medio desnudas, y para evitar el aspecto triste de un consultorio, hasta un piano mostraba su blanco teclado.

El gabinete de Carlos era más sencillo, casi austero, tapizado por completo de terciopelo verdinegro con estantes de chicaranda. Algunos amigos que rodeaban á Carlos, Taveira su vecino en Ramillete, Cruges, el marqués de Souzaellas, con quien recorrió Italia, acudieron á ver tales maravillas. Cruges tecló un instante el piano y lo halló abominable; Taveira se absorbió en la contemplación de las actrices; la única aprobación franca vino del marqués, que, después de contemplar el diván del gabinete, verdadero mueble de serrallo, amplio, muelle, voluptuoso, sentóse en él y dijo, guiñando el ojo á Carlos:

—A callar.

No decían gran cosa tales preparativos; pero eran

sinceros. Carlos hizo anunciar en los periódicos su consultorio; mas al ver su nombre en mayúsculas entre una fábrica de jabón y una casa de huéspedes, dijo á Villa^{ma}a que retirase el anuncio.

Cuidaba entonces con gran prisa de la instalación del laboratorio en el almacén. Todas las mañanas antes del almuerzo iba á ver las obras. Entrábase por un gran patio en el que había un pozo y una planta trepadora cubría una de las paredes. Carlos decidió convertir aquel espacio en un fresco jardín-cito inglés. Le encantaba la puerta del caserón, oji-val y noble, que daba un aspecto venerable á su santuario de ciencia. Pero en el interior no adelantaban los trabajos; siempre un vago martillear perezoso, un polvillo blanco; siempre las mismas herramientas tiradas en los mismos sitios. Un carpintero desaliñado y triste parecía estar allí, desde siglos, cepillando una plancha eterna con lánguida fatiga, y en el terrado los obreros que ensanchaban la claraboya, no cesaban de silbar, al sol de invierno, tonadillas lastimeras.

Carlos se quejaba al señor Vicente, el maestro de obras, que le aseguraba invariablemente que "dentro de dos días verá S. E. si adelantamos." Era un hombre de mediana edad, muy barbudo, muy limpio, de hablar meloso, que vivía cerca de Ramillete y que tenía en el barrio fama de republicano. Carlos, por simpatía, le estrechaba siempre la mano, como vecino, y el señor Vicente, pensando que era un "avanzado", le confiaba sus esperanzas. Lo que anhelaba era un 93, como en Francia.

—Y ¿mucho sangre?—decía Carlos mirando la fresca, honrada y rolliza cara del demagogo.

—No, señor, un navío, un simple navío...

—¿Un navío?

—Sí, señor, un buque fletado á costa de la nación,

en el que se enviase á lo lejos al rey, su familia y la *camada* de ministros, diputados, intrigantes, etc., etc.

Carlos sonreía y á veces contendía con él.

—Pero ¿está el señor Vicente seguro de que, en cuanto desapareciese la *camada*, como dice tan bien, quedarían resueltas todas las dificultades y todos seríamos felices?

No, el señor Vicente no tan era "burro," para creerlo. Pero, suprimida la *camada* ¿no adivinaba S. E.? El país quedaba libre y entonces podían empezar á gobernar los hombres de buena voluntad y de progreso...

—¿Sabe S. E. en qué estriba el mal? No es pésima voluntad de esa gente, sino la gran ignorancia general. No sabemos, no sabemos nada. No es que ellos sean malvados; pero son unas acémilas.

—Bien, amigo Vicente,—decía Carlos despidiéndose con un vigoroso *shake-hands*; á ver si progresan estas obras. No se lo pido como propietario, sino como correligionario.

—De aquí á un par de días lo verá usted—decía el maestro de obras, saludando.

En Ramillete, á mediodía, tocaba puntualmente la campana avisando el almuerzo. Carlos encontraba casi siempre á su abuelo en el comedor, leyendo un periódico junto á la chimenea, donde lo templado de aquel otoño no permitía aún encender fuego.

En derredor, en los aparadores de roble labrado, relucían suavemente, en su lujo macizo y sobrio, las vajillas antiguas; en los tapices aparecían escenas de balada, cazadores medioevales disparando sus flechas, una dama rodeada de pajes dando de comer á los cisnes de un lago, un caballero con la visera calada siguiendo el curso de un río, y contrastando con el techo obscuro de castaño artesonado, la mesa resplandecía, cubierta de flores y cristales.

El reverendo Bonifacio, que desde que se convirtiera en dignatario de la Iglesia comía con los señores, estaba ya allí, majestuosamente sentado sobre la blancura de los manteles, á la sombra de un gran ramillete. Era en el aroma de las rosas, donde el venerable gato gustaba de lamer, con su pausa estúpida, las sobras de leche servidas en un plato de Estraburgo; después se tendía, pasaba por el pecho el blando pelo de su cola y con los ojos cerrados y el bigote tieso, formando una bola de pelo blanco con manchas de oro, gozaba de las delicias de una siesta eclesiástica.

Alfonso, como confesaba sonriente y humillado, volvíase *gourmet* con los años y saboreaba con una atención de crítico las obras de arte de un *chef* francés, un tío de malas pulgas, bonapartista furibundo que atendía por M. Theodore. Los almuerzos de Ramillete eran siempre largos, y después del café pasaban una hora ó más conversando, hasta que Carlos se escapaba, acordándose de su consultorio.

Y el abuelo, cargando con cachaza la pipa, envidiaba aquella ocupación, pues él se pasaba toda la mañana sin ocuparse en nada.

—Cuando ese eterno laboratorio esté terminado,—decía—quizá vaya á pasar un rato allí para estudiar química.

—Y para ser un gran químico. Usted, abuelo, ya la conoce bien.

El viejo sonreía.

—Esta carroña ya no sirve para nada, hijo. ¡Está pidiendo eternidad!

—¿Quiere algo de Baixa, de Babilonia?—replicaba Carlos abrochándose los guantes de guiar.

—Que trabajes mucho...

—Es poco probable...

Y en el *dog-cart*, con su briosa yegua, la *Tunan-*

ta, ó en el faetón que deslumbraba á los lisboetas, Carlos se dirigía al trote hacia Baixa, "hacia el trabajo".

Su gabinete del consultorio dormía en la calma que le prestaban la soledad y la penumbra que producían los transparentes de seda verde. En el salón de espera, en cambio, todo parecía alegre: las poltronas ofrecían sus asientos y brazos, amables, incitadores; el teclado blanco como que sonriera y esperase; pero no aparecía nunca un enfermo. Y Carlos, tan aburrido como el criado que dormitaba leyendo el *Diario de Noticias*, se hundía en un diván, fumaba un habano y hojeaba una revista. Pero aquella prosa se le antojaba papaverácea, bostezaba y dejaba caer el volumen.

Subían de la calle el ruido de los carros, los gritos de los vendedores ambulantes, el rodar de los coches; una luz suave doraba las fachadas de las casas, las copas de los árboles, las gentes que se aburrían sentadas en los bancos y aquel murmullo lento de ciudad perezosa, aquel aire aterciopelado de clima rico, parecían penetrar poco á poco en el abrigado gabinete, resbalando por las pesadas colgaduras, por el barniz de los muebles, envolver á Carlos en una indolencia, en una somnolencia... Con la cabeza descansando en un almohadón, fumando, pasábase allí gran rato, hasta que con un esfuerzo sacudía aquella modorra, paseaba por la sala, abría un libro, tocaba un par de compases de valz y al cabo, mirando las flores de la alfombra, decidía que aquellas dos horas de consultorio eran estúpidas.

—¿Está abajo el coche?—preguntaba al criado.

Encendía otro cigarro, se ponía rápidamente los guantes, bajaba á la calle se saturaba de aire y de

luz, empuñaba las riendas y se marchaba diciendo para su capote:

—¡Otro día perdidol!

Una de aquellas mañanas, mientras mataba el tiempo leyendo la *Revue des Deux Mondes*, oyó ruido en la antecámara y una voz muy conocida y querida que decía detrás del portier:

—¿Su Alteza Real, está visible?

—¡Ah, Ega!—exclamó Carlos levantándose de un salto.

Se abrazaron y besaron enternecidos.

—¿Cuándo has llegado?

—Esta mañana. ¡Caramba!—exclamaba Ega cazando el monóculo que se empeñaba en abandonar su sitio—¡caramba! Estás hecho un elegantón desde que has venido de Londres. Tienes el aspecto de un caballero del Renacimiento, de un Valois... ¡No hay nada como dejarse toda la barba!

Carlos reía, abrazándole otra vez.

—Y ¿de dónde vienes? ¿De Celorico?

—¡Qué, hombre! De Foz. Pero enfermo, chico, enfermo... El hígado, el bazo, una porción de visceras averiadas. En fin, doce años de vinos y de aguas ardientes...

Después hablaron de los viajes de Carlos, del Ramillete, de la estancia de Ega en Lisboa... Ega se quedaba en definitiva. Desde lo alto de la diligencia había dicho un adiós eterno á los prados de Celorico.

—Imagina si puedes, amigo Carlos, lo que me pasa con mi madre... Desde Coimbra sondeé sus intenciones acerca de mi proyecto de vivir en Lisboa

con dinero abundante... ¡Nada! Pero fui á Celorico y empecé á burlarme del padre Serafín y de toda la corte celestial. Llega el mes de Julio y estalla una epidemia de anginas en el pueblo... ¡Un horror! Es eso que vosotros llamáis difteria... A mi madre se le antoja que mi presencia, la presencia del ateo, del demagogo, sin creencias y sin mira, ofende á Nuestro Señor y atrae el azote. Mi hermana lo cree también. Se consulta al padre Serafín... El santo varón, que no gusta de verme en la quinta, dice que es posible que el Señor se haya indignado, y mi madre viene á pedirme de rodillas, con la bolsa abierta, que venga á Lisboa, que la arruine, pero que no llame hacia allí la cólera divina. Al día siguiente marché á Foz...

—¿Y la epidemia?

—Desapareció luego—contestó Ega, quitándose lentamente de los sarmentosos dedos unos guantes amarillos.

Carlos contemplaba aquellos guantes, los botines de casimir, el pelo largo y rizado por obra de barbero, la corbata de raso con una herradura de ópalos. Era otro Ega, un Ega dandy, acicalado, artificial y con polvos de arroz. Carlos no pudo contenerse y soltó por fin la exclamación que pugnaba por escapársele:

—¡Qué gabán tan extraordinario, Ega!

Con aquella atmósfera aun templada de fin de otoño, Ega, el antiguo bohemio desarrapado, llevaba una pelliza, una suntuosa pelliza de príncipe ruso, prenda para trineo y nieve, amplia, larga, con alamares, que ponía en torno de su pescuezo flaco y de sus muñecas de tísico la rica y fina blandura de las pieles de marta.

—¿Es un buen gabán, eh?—contestó irguiéndose,

abriéndolo, mostrando la opulencia del forro. Lo envié á buscar... gangas de la epidemia.

—¿Y puedes aguantar eso?

—Es algo pesado; pero estaba resfriado estos días.

Volvió á recostarse en el sofá procurando que Carlos viera sus botas relucientes como un espejo.

—Y tú ¿qué haces? cuéntame... esto es espléndido.

Carlos habló de sus planes, de sus ideas de trabajo, de las obras del laboratorio...

—Un momento, ¿cuánto te costó todo esto?—preguntó Ega levantándose para tocar el terciopelo de los cortinajes y examinar el torneado de la mesa de ébano.

—No sé. Villaça debe saberlo.

Ega, con las manos hundidas en los profundos bolsillos del gabán, inventariaba el gabinete y decía:

—El terciopelo presta seriedad... El verde obscuro es el color supremo, el color estético... Tiene su expresión propia, enternece y hace pensar... Me gusta este diván. Es un mueble de amor...

Examinó luego despacio el salón de espera.

—¡Eres el grandioso Salomón, Carlos! El papel es bonito... Estas colgaduras también... Una begonia que moría en un jarro de Ruán le llamó la atención. Quería saber el precio de todo, y delante de un cuadro de música que había abierto sobre el piano, las *Canciones de Gounod*, tuvo una sorpresa enterrecida:

—Hombre, ¡tiene gracia!... La *Barcarolla*... Es deliciosa ¿eh?...

Dites, la jeune belle,
Où voulez-vous aller?
Le voile...

—Estoy algo ronco... ¡Era nuestra canción de Foz!...

Carlos lanzó una exclamación y dijo:

—¡Estás desconocido, Ega! ¡Tú eres otro Ega!... A propósito de Foz... ¿Quién es esa señora Cohen, que estaba también en Foz y de quien en cartas sucesivas, verdaderos poemas, que recibí en Berlín, La Haya y Londres, me hablabas con los arrobos del *Cantar de los Cantares*?

Leve rubor cubrió el rostro de Ega y contestó, como distraído, mientras limpiaba el monóculo con el pañuelo de seda blanco:

—Una judía. Por eso empleé los lirismos bíblicos. Es la mujer de Cohen, uno que has de conocer, el director del *Banco Nacional*... Nos vemos á menudo... Es simpática... Pero el marido es un carnícalo... Fué un *flirt* de playa. *Voilà tout*.

Decía esto despacio, encendiendo el cigarro, paseando y ruborizado aun.

—Pero cuéntame lo que pasa en Ramillete... ¿Y el abuelo Alfonso? ¿Quién va por allí?...

En el Ramillete el abuelo jugaba al *whist* con sus viejos compañeros. Iba el decrepito don Diego, siempre peripuesto, con su florecita en el ojal, retorciéndose el bigote. Iba Sequeira, cada vez más achacoso, esperando su apoplejía. Iba el conde de Steinbroken...

—No le conozco. ¿Emigrado?... ¿Polaco?...

—No. Ministro de Finlandia... Nos quería alquilar unas cocheras y complicó esta simple transacción con tantas finuras diplomáticas, tantos documentos, tantos papelotes con el sello real de Finlandia, que el pobre Villaça, aturdido, para librarse de él, se lo endosó á mi abuelo. Mi abuelo, desorientado también, ofrecióle las cocheras de balde. Steinbroken considera esto como un servicio prestado al rey de

Finlandia, á Finlandia, va á visitar á mi abuelo de pontifical, con el secretario de la legación, el cónsul, el vice-cónsul...

—¡Esto es sublime!...

—Mi abuelo le invita á comer... Y como el hombre es muy fino, muy gentleman, muy entusiasta de Inglaterra, mi abuelo lo ha adoptado y se pasa la vida en Ramillete.

—¿Y de jóvenes?

En cuanto á jóvenes, concurrían Taveira, siempre muy correcto, empleado ahora en el Tribunal de Cuentas; Cruges, á quien Ega no conocía, maestro pianista, con algún talento; el marqués de Souzellas...

—¿Y mujeres?

—Ni una; no hay quien las reciba; la pobre vizcondesa...

—Sí, ya sé...

—Una apoplejía. ¡Ah! Tenemos también á Silveirita; hace poco que ha llegado...

—¿El de Resende, el cretino?

—Sí. Enviudó; viene de Madera, está medio tísico, enlutado... un personaje fúnebre.

Ega, retrepado en el sillón, con aquel aire de tranquila y sólida felicidad que Carlos ya le notara, dijo estirándose los puños de la camisa:

—Es necesario reorganizar esta vida. Hay que constituir un cenáculo, una bohemia dorada, unas *soirées* de invierno con arte y literatura... ¿Conoces á Craft?

—Sí, creo que he oído hablar de él...

Ega aseguró que era necesario conocer á Craft. Craft era, sencillamente, lo mejor de Portugal.

—¿Es un inglés?

Sí, era inglés. Los indigenas al hallarse con un hombre tan original como Craft le acusaban de lu,

nático. ¡Craft era un chico extraordinario! Ahora acababa de llegar de Suecia, donde pasara tres meses con los estudiantes de Upsala. También estuvo en Foz... ¡Una personalidad de primer orden!

—Es un comerciante de Oporto ¿verdad?

—¡Qué comerciante!—exclamó Ega levantándose, trunciendo el ceño, indignado de tanta ignorancia. —Craft es el hijo de un *clergyman* de la iglesia inglesa de Oporto. Fué su tío, un negociante de Calcuta ó de Australia quien le dejó una fortuna. Una gran fortuna. Pero no comercia ni sabe qué es eso. Da expansión á su temperamento byroniano. Ha viajado por todo el universo; colecciona obras de arte, se batió como voluntario en Abisinia y en Marruecos, en fin, vive, *vive* en la grande, en la fuerte, en la heroica acepción de la palabra. Es preciso conocer á Craft. Te vas á entusiasmar con él... Tienes razón, caramba, hace calor.

Quitóse la opulenta pelliza y quedó en cuerpo de camisa.

—¡Qué!—exclamó Carlos.—¿No llevas siquiera chaleco?

—No; no podría soportar este gabán... Lo llevo para impresionar á los indígenas... Pero no hay que negarlo, es pesado.

E inmediatamente volvió á su tema: apenas llegara Craft de Oporto les relacionaría, se organizaría un cenáculo, un Decamerón de arte y diletantismo, jóvenes y mujeres, tres ó cuatro mujeres que amenizaran, con la gracia de los descotes, la severidad filosófica...

Carlos se rió de la idea de Ega. ¡Tres mujeres guapas y elegantes, en Lisboa, para alegrar un cenáculo! ¡Lamentable ilusión de un hombre de Celorico! El marqués de Souza probó una vez una cosa mucho más sencilla: un almuerzo en el campo con

actrices. ¡Menudo escándalo produjo! Una no tenía criada y quería que la acompañasen su tía y cinco hijos; otra temía que, aceptando, el brasileño la plantase; una consintió, pero el amante, al saberlo, le dió una tunda. Esta no tenía vestido para ir; aquella quería que le garantizaran cierta cantidad; hubo una á la que el convite le pareció un insulto. Después los queridos, los chulos, los pollos, complicaron el enredo; unos exigían que se les invitase; otros querían aguar la fiesta; hubo partidos, tramáronse intrigas, en fin, una cosa tan vulgar como es una comida con actrices, resultó algo como una monstruosa orgía...

—Y ahí tienes á Lisboa.

—¡Bah!—replicó Ega,—si no se encuentra mujeres se importará, que en Portugal así se arregla todo. Aquí todo se importa: leyes, ideas, filosofías, teorías, asuntos, estéticas, ciencias, estilos, industrias, modas, costumbres, picardías, todo nos llega en cajas por los vapores. La civilización nos cuesta carísima con los derechos de aduana, y resulta de lance, no se hizo para nosotros, nds queda corta de mangas... Nos creemos civilizados como los negros de San Thomas se juzgan caballeros y hasta *blancos* porque se ponen la levita de un militar... Esto es una gazapera... ¿Dónde he dejado la petaca?

Desembarazado de la majestad que le daba el abrigo de pieles, reaparecía el buen Ega perorando con sus ademanes de Mefistófeles charlatán, corriendo por la sala como si fuese á volar al compás de sus grandes frases, en lucha constante con el monóculo que se le caía y que cazaba tan pronto en el pecho como en la espalda, retorciéndose, dislocándose, como si le picaran mil bichos. Carlos se animaba también. La fría sala se calentaba. Discutían de naturalismo, de política, de nihilismo; después,

con ensañamiento y al unísono, abominaron del país...

Pero el reloj dió las cuatro: inmediatamente Ega saltó sobre la pelliza, sepultóse en ella, afilóse el bigote ante el espejo, contemplóse y acorazado en sus alamares, salió con aire de triunfador.

—John,—dijo Carlos, que le hallaba espléndido y le seguía hacia la escalera —¿dónde vives?

—¡En el *Universal*, esa maravilla!

Carlos no podía tragar el *Universal* y quería que fuese á hospedarse en Ramillete.

—No me conviene...

—En todo caso ve á comer, á ver al abuelo.

—No puedo. Estoy comprometido con el estúpido de Cohén... Mañana iré á almorzar.

Bajaba ya la escalera, cuando dijo á tiempo de entablar batalla con el monóculo:

—¡Ahl! ¡Se me olvidaba! Voy á publicar mi libro!

—¡Qué! ¿Ya está?—replicó Carlos asustado.

—Está esbozado á grandes rasgos...

¡*El Libro de Ega!* Fué en Coimbra, en los dos últimos años, cuando empezó á hablar de su libro, explicando el plan, soltando títulos de capítulos, citando en los cafés frases retumbantes. Y entre los amigos de Ega se discutía ya su libro, por su forma y por su fondo, augurando que iniciaría una revolución literaria. En Lisboa (donde pasaba las vacaciones y pagaba cenas en Silva) fué anunciado el libro como un acontecimiento. Bachilleres contemporáneos ó compañeros suyos, habían salido de Coimbra, esparciendo por islas y provincias la fama de la obra de Ega. Hasta en el Brasil se tenía noticia de él... Y viendo aquella ansiosa expectativa en torno de su libro, Ega decidíase al cabo á escribirlo.

Debía ser una epopeya en prosa, como él decía,

que cantara, bajo episodios simbólicos, la historia de las grandes facces del Universo y de la Humanidad. Titulábase *Memorias de un Atomo*, y tenía la forma de una autobiografía. Este átomo ("el átomo de Ega," como se le llamaba en serio en Coimbra) aparecía, en el primer capítulo, rodando en el caos de las nebulosas primitivas: después ardía en la masa de fuego que más tarde debía ser la Tierra; y por fin formaba parte de la primera hoja de vegetal que surgió de la corteza todavía blanda del globo. Desde entonces, viajando á través de las innúmeras transformaciones de la materia, el átomo de Ega entraba en la ruda estructura de Oranjo, padre de la humanidad, y vivía más tarde en los labios de Platón. Negreaba en los hábitos de los santos, refulgía en la espada de los héroes, palpitaba en el corazón de los poetas. Gota de agua en los lagos de Galilea, oyó la palabra de Jesús al caer de la tarde, cuando los apóstoles recogían las redes; nudo de madera en la tribuna de la Convención, sintió el frío de la mano de Robespierre. Vagó por los vastos anillos de Saturno y fué pétalo resplandeciente de un lirio durmiente y lánguido. Fué omnipresente y era omnisciente. Hallándose por fin en los puntos de la pluma de Ega, y cansado de su jornada á través del Ser, descansaba, escribiendo sus *Memorias*... Tal era aquella obra formidable, de la cual los admiradores de Ega, en Coimbra, decían, pensativos y como penetrados de respeto:

—¡Es una Biblia!